



TENGO UN MONSTRUO EN EL BOLSILLO

Graciela
Montes

Ilustraciones:
Delia Cancela





[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

**TENGO
UN
MONSTRUO
EN
EL
BOLSILLO**

Graciela Montes

Ilustraciones: Delia Cancela

EN ESTE CAPÍTULO CUENTO COSAS DE MÍ PARA QUE ME VAYAN CONOCIENDO



Voy a empezar por acá porque la señorita de Lengua dice que cuando una se pone a contar algo siempre tiene que empezar por el principio. Será cierto, no digo que no, pero tengo ganas de escribir una cosa, una sola cosita, antes de empezar por el principio y, como últimamente se me da por hacer las cosas que tengo ganas de hacer, voy a decirla: TENGO UN MONSTRUO EN EL BOLSILLO. Bueno, ya está, ahora estoy más tranquila y puedo empezar, como dice la señorita de Lengua, por el principio.

El principio de todo esto fue un principio así nomás, de un día de morondanga, y fue por eso que al principio yo no me di cuenta de que ése era el principio. Ahora sí que me doy cuenta de que ése fue el principio. Me doy cuenta porque después me pasaron muchas cosas de esas que no son cosas así nomás, cosas de los días de morondanga, sino cosas de esas que yo llamo Maravillosas, Terribles y Extraordinarias.

Muchas veces en los once años que tengo me dije que lo que más quería yo en el mundo era que me pasasen cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias. Pero a una chica de once, más bien petisa, más bien flaquita, un poco dientuda y con un pelo que siempre se le anda escapando por todos los costados, casi nunca le pasan cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias.

Eso es lo que le dije una vez a Paula en un recreo.

Paula es mi mejor amiga –aunque una vez, en quinto, cortamos a muerte porque ella se hizo amiga de Verónica, que es la cancherita del grado y que siempre anda revoleando su pelo rubio, tan lisito (no como el mío), y mostrando sus famosos zoquetes con puntilla...

Bueno, todo esto de Verónica también viene a cuento, aunque parezca que no. Por eso lo escribo. Y como a mí escribir no me cuesta nada (eso dice la señorita de Lengua), va a ser mejor que lo escriba todo, a ver si empiezo a entender algo.

Esta historia empezó un lunes. A mí los lunes no me gustan y, además, ese lunes me fui para la escuela con un poco más de bronca que otros lunes porque mi mamá quiso a toda costa que me pusiera la polera amarilla y las dos cosas que a mí menos me gustan son las poleras y cómo me queda el amarillo. Así que la mañana empezó con:

—¿No me puedo poner por lo menos la celeste?

—Está para lavar.

—¿Y si me pongo el buzo directamente?

—¡Claro, así te resfriás y tenés que faltar una semana a la escuela!

—¡Ufa!

Cuando yo digo “ufa” es porque mi mamá ya ganó (mi mamá gana casi siempre).

Así que me fui a la escuela con cuatro broncas: la del lunes, la de la polera, la del amarillo y la de que mi mamá, una vez más, me había ganado la pelea.



En fin. Lo único bueno de esa mañana fue que Paula me estaba esperando en la esquina para que entrásemos juntas. Yo siempre dije que

Paula es una gran amiga (siempre y cuando no se deje engañar por las cancheritas del grado).

—¡Qué raro, vos de amarillo! —dijo Paula.

Y con eso me terminó de estropear la mañana.

“Ahora lo único que me falta es que se me aparezcan Verónica y Martín, los dos juntos”, pensé.

Martín es Martín Reinoso. Martín es nuevo. Empezó este año. Antes vivía en San Juan (pero no es sanjuanino, es catamarqueño). Tampoco vivió siempre en San Juan (antes vivía en Mendoza). Eso de todos los lugares donde vivió me lo contó a mí (a mí sola) en un recreo del segundo día de clases porque, como era nuevo, nadie le daba bolilla y el pobre no sabía qué hacer tan solo.

A mí me encanta que me cuenten cosas, la vida de las personas, los viajes... Eso me encanta.

Mi mamá dice que voy a ser escritora, y mi tío Miguel Ángel, que siempre me toma el pelo, dice que eso no es ser escritora sino ser chismosa. Mi papá no dice nada, así que no sé qué le parece eso de que yo sea escritora. Tampoco sé qué le parecen otras cosas porque casi nunca habla.

Martín me contó eso y muchas cosas más. Y, mientras él me contaba, yo me daba cuenta de que tenía unos ojos negros muy lindos y de que me gustaba mucho cómo se le resbalaba el pelo sobre la frente.

Ese día del recreo le conté a Paula que Martín me parecía muy pasable. Y Paula me preguntó si gustaba de él. “¿Gustás de él?”, me dijo. Y yo no supe qué decirle porque nunca entendí bien qué quiere decir gustar de alguien. Yo lo que sé es que cuando lo veo me entra una especie de calorcito, como cuando uno vuelve a casa en el invierno y se acerca a la estufa, y en la mesa hay tostadas con manteca y dulce. También sé que a veces no lo veo con los ojos pero sé que está, como si pudiese verlo con el cuerpo. Y que, si se me

acerca de sopetón, me equivoco todo, se me caen las cosas y se me mezclan las palabras... Eso es lo que me pasa. Pero si gusto o no gusto, eso no sé. Pero yo a Paula nunca podría explicarle tantas cosas porque yo, como dice la señorita de Lengua, escribiendo soy un tiro, pero hablando...

Bueno, esto venía a cuento porque el día de la polera amarilla yo me dije: “Lo único que me falta es que se me aparezcan Verónica y Martín, los dos juntos”.

Y ahí fue cuando empecé a pensar que ése era un día especial, especialmente espantoso, porque fue mucha casualidad: estábamos subiendo el escalón de la puerta de entrada cuando casi nos tropezamos con Verónica y Martín, que venían juntos y charlando.

A Verónica hablando no la para nadie. Le encanta charlar. Revolea el pelo, pega grititos, se ríe, parpadea... Parece una función de circo... Y seguramente a los varones eso les parece bárbaro porque todos, bueno, casi todos (Federico no), gustan de ella y en los asaltos todos quieren jugar a la botella para poder darle un beso. Y lo que me da rabia es que ella se hace la princesa y que los zoquetes con puntilla y que la hebilla de Estados Unidos y que el cassette de no sé quién (que ni siquiera ella sabe pronunciar). Como el padre viaja... Y todos se quedan ahí, embobados, porque tiene una cartuchera de tres pisos. ¿Y para qué sirve una cartuchera de tres pisos?, digo yo. Para perder el tiempo buscando las cosas porque ¿cómo se va a acordar una en qué piso puso la goma o el compás?

Así que, cuando la vi entrar con Martín, se me vino el alma al suelo. (Eso de “se me vino el alma al suelo” lo aprendí de mi abuela Julia y me encanta porque eso es justo lo que yo sentí, que algo de bien adentro se me caía al piso.) “Ya está, ya se lo agarró también a Martín”, pensé, y sentí como un frío en el estómago y en la garganta.

Como pueden ver, ese lunes lo empecé con una gran bronca, una rabia gigante que casi no me cabía en el cuerpo. Pero fue peor, mucho peor todavía, porque en la tercera hora tuvimos Ciencias Sociales, y ahí sí que estalló todo.

Antes de seguir, quiero aclarar algo: yo a la señorita Betty no le tengo bronca. La señorita Betty es la maestra de Ciencias Sociales. La señorita Betty no es mala, pero a veces parece que no se da cuenta de las cosas.

Hacía como una semana que veníamos preparando el acto del 25 de Mayo porque nos tocaba armarlo a los de sexto. Entre Federico y yo inventamos una obrita de teatro que por suerte no nos salió demasiado tonta, y yo estaba contenta porque iba a hacer de Gerónima, que era una criolla valiente, que no le tenía miedo a nadie. Ese papel me encantaba porque no tenía mucho que decir pero lo que decía era importante y, además, yo estaba de acuerdo con Gerónima. Yo pensaba igual que ella. Gerónima entraba de golpe y decía: “¡Yo también quiero ser libre!”.

La abuela Julia me prestó una blusita con volados, de esas que se usaban antes (estaba un poco amarilla, pero la pusimos en lavandina y quedó bastante bien), y mamá me estuvo cosiendo una pollera de una cortina vieja. Además, tenía una mañanita de lana blanca que hacía de pañoleta. No estaba nada mal, porque Gerónima era una mujer del pueblo, una vendedora de velas. Además, Gerónima era un invento nuestro, así que nosotros la hacíamos como queríamos.



Pero tenía que ser ese lunes nomás, y yo, con mi polera amarilla y mi montón de bronca, tuve que oír la voz chillona de Verónica que le decía a la señorita Betty que, en una de éstas, era mejor que ella (Verónica) hiciese de Gerónima porque había conseguido un peinetón maravilloso, una mantilla y ¡un traje verdadero de disfraz!

“¡Pero Gerónima era una vendedora callejera! No tenía traje de señora. Ni peinetón. Y además... ¡Gerónima soy yo!”, quise decir yo, pero no dije nada (ya les expliqué que a mí las palabras me salen mejor dibujadas que habladas). Confié, eso sí, en que la señorita Betty fuese justa.

Verónica sacó de su mochila un peinetón maravilloso y una mantilla blanca y explicó que el traje, que no había traído porque era demasiado delicado, era celeste y ¡con encaje!



Mientras Verónica hablaba y gesticulaba y sonreía y todos daban suspiros y gritos de admiración, yo veía cómo la pobre y valiente Gerónima se iba convirtiendo en una señorita tilinga y presumida, de esas que se la pasaban paseando por la Plaza Mayor con un negrito atrás (cosa que siempre me había parecido muy fea). Y también veía que mi blusita, mi pollera de cortina y mi pañoleta iban a volver al último cajón de la cómoda de mi mamá, que es donde se guardan esas cosas que no sirven casi nunca.

No puedo decir que se me haya ido el alma al suelo porque a la pobre no la había podido levantar todavía, y seguía ahí tirada en el piso, empolvándose entre zapatillas y mochilas.

Pero todavía me quedaba una esperanza: la señorita Betty.

Es una verdadera lástima, pero últimamente los grandes me están fallando. No se dan cuenta. Casi nunca se dan cuenta.

—¡Qué maravilla, Verónica! —dijo la señorita Betty—. Sería una pena no aprovechar todo esto.

Mi alma rodaba por entre las patas de los bancos.

—Inés (Inés soy yo, por si no lo adivinan), ¿qué te parece si Verónica hace de Gerónima y vos buscás otro papel o te inventás algo...? Además, como sos muy tímida, en una de éstas no te animás a hablar en voz bien alta, y ya sabés que no tenemos micrófono... Lo que dice Gerónima lo tienen que oír todos, hasta los de la última fila... Además, vos figurás como autora principal de la obra, y Verónica no tiene ningún papel. Tenemos que ser justos, ¿no te parece, Inesita?

Era la primera vez que la señorita Betty me decía “Inesita” y por eso la odié para toda la vida.

Mi alma seguía en el suelo y todos los que iban a ver el peinetón y a tocar la mantilla me la pisoteaban que daba gusto.

Yo no dije nada pero para mí que la señorita Betty se dio cuenta de que algo malo pasaba porque ella me miró y yo no la miré, ella me sonrió y yo volví a no mirarla.

Ahí fue cuando metí las manos en el bolsillo del delantal y sentí algo peludo, tibio y que, además, mordía.

EN ESTE CAPÍTULO MI MONSTRUO Y
YO ENTRAMOS EN CONTACTO POR
PRIMERA VEZ Y YO QUEDO MUY
IMPRESIONADA



No me pregunten cómo fue que no pegué un grito. A veces yo misma me sorprendo de mi silencio...

Tal vez estaba tan llena de rabia que no podían salirme los sonidos. Tal vez me gustó poder ocuparme de otra cosa en ese momento que no fuesen Verónica ni Gerónima ni la señorita Betty.

Tampoco me entretuve tratando de imaginar qué clase de bicho podría haberse metido en el bolsillo de mi delantal (recién planchado), porque desde el primer momento tuve la sensación de que no era algo normal sino algo Maravilloso, Terrible y Extraordinario.

Eso me puso muy contenta: que me pasara algo Maravilloso, Terrible y Extraordinario era lo único que me podía consolar por haber perdido en una sola mañana tantas cosas. Y mi alma, un poco roñosa y maltrecha pero enterita, poquito a poco, me fue volviendo al cuerpo.

Eché una ojeada a mi alrededor y vi que todos (hasta Paula, ¡qué vergüenza!, hasta Federico, y eso que él es el único que opina que Verónica es una tonta) estaban apiñados alrededor del peinetón y la mantilla. Con bastante disimulo, abrí el bolsillo lo más posible y eché una miradita rápida. Había una especie de pelota peluda, de color entre violeta y verdoso, que se hinchaba y deshinchaba sin parar. También oí una especie de chillido.

Los demás también parecieron oírlo porque de pronto se hizo silencio.

Cerré de golpe el bolsillo y me puse a mirar con muchísimo interés la página número 72 del Manual: había un retrato de Belgrano. “Belgrano era un gordito... como Federico”, pensé, y por un momento me olvidé del bolsillo.

—Andrés, ya te dije que no vuelvas a hacer ese ruido con la tiza, que me pone nerviosa.

—Yo no fui, señor.

—Andrés, silencio o te mando a firmar.

—Pero yo no fui, señorita.

—Andrés, andá a firmar a la dirección.

—Pero yo no...

—¡Andrés!

Y con esta breve escena —tan parecida a otras que una no estaba segura de si era de hoy, de ayer o de mañana— se terminaron las consecuencias del primer chillido que salió de mi bolsillo.

Por suerte tocó el timbre para ir al recreo.

—Voy al baño —le anuncié a Paula, antes de que empezara a preguntarme si había traído chicle.

—Voy con vos, Ine.

“Ufa”, pensé.



Me encerré en el baño con mi bolsillo, dispuesta a mirar mejor lo que había adentro. Lo abrí con cuidado, desde el borde: la pelota peluda seguía allí, hinchándose y deshinchándose con mucha fuerza. También resoplaba un poco. Muy despacito fui acercando un dedo... Fue espantoso. La pelota peluda se abrió de pronto en dos y mostró dos hileras de dientes filosos como agujas y ¡ay! me mordió.

—¿Qué te pasa, Ine? —me preguntó Paula, que cuidaba la puerta.

—Nada, se me rompió una uña.

En la yema del dedo tenía seis marcas, seis pinchazos, y despacito, despacito, empezaban a inflarse unos globitos de sangre. Me chupé el dedo una y otra vez: la sangre dejó de salir. Eran pinchazos agudos pero cortos. “Mi monstruo tiene dientes de leche”, me dije.

Y de pronto me di cuenta de que ya le había puesto un nombre.

“¡Tengo un monstruo en el bolsillo! ¡Tengo un monstruo en el bolsillo!”, tendría que haber gritado. Pero, como todos saben ya, yo escribiendo soy un tiro, pero hablando... (como dice la señorita de Lengua).

—¿Estabas llorando? —me preguntó Paula cuando salí del baño.

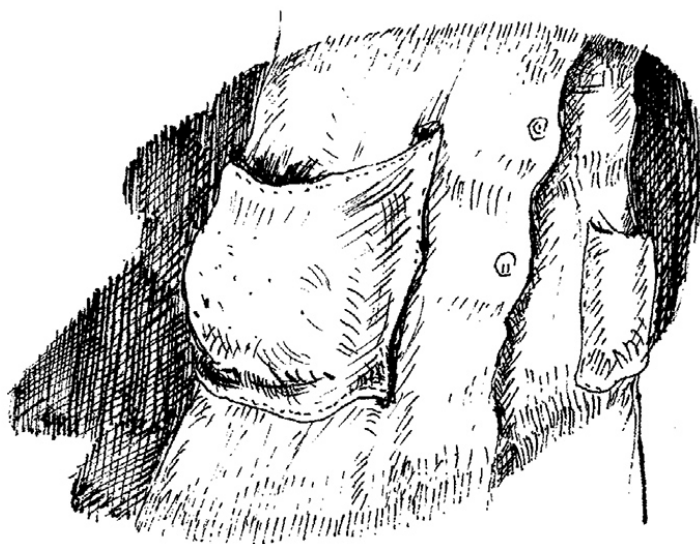
—No seas tonta, Paula —le dije.



Y pasé como al descuido la mano por fuera del bolsillo. “Estoy acariciando a mi monstruo”, pensé.

Y bueno, ya sé que nadie me va a creer, pero yo me di cuenta de que al monstruo le gustaba que yo lo acariciase. Dejó de hincharse y deshincharse con violencia; se fue serenando. Oí una especie de suspiro muy chiquito, y después el bolsillo se me fue poniendo blando, tibio y en silencio. “Mi monstruo se quedó dormido”, me dije.

Y, del otro bolsillo, saqué un paquete de chicles y le di dos chicles a Paula.



CAPÍTULO EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE UNA COSA ES TENER UN MONSTRUO EN EL BOLSILLO Y OTRA MUY DISTINTA PODER CONTARLO



Al mediodía yo siempre vuelvo en el 184, así que viajo con Federico, con Paula, con Martín, con Yanina y con Mariana. En general, vamos charlando. Bueno, los demás charlan. Yo charlo poco, pero me gusta que me charlen. (Algunas veces me gusta. Otras veces, cuando no quiero charlar ni que me charlen, me hago la que pierdo el tiempo y dejo pasar el 184 en el que van todos y me voy en otro, donde la única con delantal blanco y boleto escolar

soy yo, porque ya son como las doce y media y todos están llegando a sus casas.)

Ese día no me pareció bien perder el tiempo. Me daba no sé qué andar sola con mi monstruo en el bolsillo. Parecía un monstruo tranquilo, pero yo no conocía todavía sus costumbres. En una de esas saltaba fuera del bolsillo y mordía a alguien o se ponía a chillar horriblemente... Lo que sí sabía era que le gustaban los mimos, porque cuando yo acariciaba el bolsillo despacito enseguida se calmaba y se ponía blando.

—¡Qué mal que estuvo la señorita Betty con eso de Gerónima! —me dijo Paula, en voz más bien baja.

—¿Con qué? —pregunté yo, porque estaba pensando en el bolsillo.

—No te hagas la tonta, Ine. No me vas a decir que no te dio rabia. Si vos ya tenías la blusa y la pollera y todo eso... y el viernes te pasaste la tarde practicando lo que tenías que decir...

—¡Ah, sí! —dije—. Me dio un poco de rabia.

Y me acaricié el bolsillo. “¿Qué pasará si lo suelto?”, pensé.

Federico me pidió un chicle y casi me equivoco y meto la mano en el bolsillo del monstruo. “¿Volverá a mordirme?”, pensé. Pero, dentro de un 184 muy lleno, era imposible hacer la prueba.

Cuando Federico me miró con su cara tan parecida a la de Belgrano me dieron unas ganas bárbaras de hablar con él de las cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias. Pero ¿a quién se le ocurre hablar con los varones? Así que no dije una sola palabra más en ese colectivo 184.

Llegué a mi casa corriendo.

—¿Viste, Inés? ¿No te dije yo que la polera te iba a hacer falta? ¡No me vas a decir que no hizo frío!

A mi mamá no le pareció mal que no le contestara porque yo muchas veces no contesto. “Inesita es igual que el Negro”, dice mi mamá cuando

vienen visitas. El Negro es mi papá. Mi papá es muy morocho, igual que yo, y también es serio y callado, igual que yo. Pero cuando mi mamá dice esas cosas, a mí algo se me aprieta por adentro. Me gustaría ser un poco como mi mamá también, porque mi mamá es de esa gente verdaderamente simpática. Todo el mundo cuando la conoce dice “¡Qué simpática!” y en el barrio todos la saludan. A mi papá lo saludan mucho menos, porque él siempre anda como metido para adentro. Mi mamá, en cambio, es salida para afuera. Siempre se ríe y habla y hace gestos. A veces me hace acordar un poco a Verónica (aunque mi mamá, claro está, no usa zoquetes con puntilla).

Salí corriendo por el pasillo y me metí en mi pieza porque tenía muchas ganas de estar un rato a solas con mi monstruo.

—No me gusta que cierres la puerta así, Inés —gritó mi mamá después del portazo.

Pero yo ya estaba del otro lado, y casi no oía.

Me desabroché el delantal y me lo saqué con cuidado. Lo apoyé en la cama y me arrodillé en el suelo para espiar despacito en el bolsillo.

Ahí estaba mi monstruo, mi querido monstruo Maravilloso, Terrible y Extraordinario. Tenía pelos verdes, pelos violetas y, de tanto en tanto, pelos azules. Lo miré con mucha atención pero estoy casi segura de que no pude verle los ojos. “¿Será ciego?”, pensé. Y me dio una especie de susto porque un monstruo con tanta boca y sin ojos no puede menos que meter susto. Tampoco vi que tuviera orejas. En realidad, no tenía más que boca, y pelos, muchísimos pelos... Sin embargo, era mi monstruo. De eso estábamos los dos bien seguros. Yo no sé cómo, pero mi monstruo me conocía. Cuando le acerqué el dedo no me mordió, se frotó contra mi mano como si fuera un gato. Era tibio y suave y yo me pregunté: “¿Será terrible?”.



—Vamos, Inés, laváte las manos que la comida está servida —me gritó mi mamá desde la cocina—. ¡Rápido, que ya vino papi!

Cuando entré a la cocina mi papá ya había colgado el saco del respaldo de la silla y se había sentado a la mesa.

—Hola, Inucha —me dijo cuando me vio entrar.

(Mi papá siempre me llama “Inucha”. A mí me gusta que me diga así. Cuando me dice “Inés” es porque está por retarme.)

—Hola, pa.

—¡Ah! ¡Esperen! ¡A que no saben con quién me encontré hoy cuando salía de la verdulería...!

Siempre que mi mamá empieza a contar las cosas que le pasaron, mi papá y yo nos quedamos callados mirándola. Ella cuenta cosas de nada, cosas de esas que le pasan a cualquiera en cualquier día, cosas de

morondanga, cosas que nadie podría llamar Maravillosas, Terribles y Extraordinarias, pero parece una función de circo (“Igual que Verónica”, pienso a veces).

Mi papá sonreía y comía.

—... ¡y no te imaginás lo rara que está con ese corte de pelo!

Mi mamá seguía contando. Era mejor que una serie de televisión. En algunos momentos, en los más emocionantes, daban ganas de aplaudirla.

—Y a vos, Inuchita, ¿no te pasó nada especial en la escuela? —me preguntó mi papá cuando mi mamá terminó con todo éxito su larga historia.

“Sí, papi. Sí. Tengo un monstruo en el bolsillo”, quise decir yo, pero me metí dos ñoquis en la boca y no dije nada, porque yo... (como dice la señorita de Lengua).

OceanofPDF.com

EN ESTE CAPÍTULO MI MONSTRUO ENTRA EN ACCIÓN Y YO ME LIGO UN BUEN RETO



Hay algo que conviene que les diga cuanto antes: yo soy buena. Todo el mundo dice: “Inesita es muy buena” o “Pedíle a Inés, que es buena”. Y vienen y me dicen: “Dale, Inés, vos que sos tan buena...” Bueno, eso demuestra que yo soy buena, o, por lo menos, que todos creemos que yo soy buena. Y ha de ser por eso (porque soy buena) que al principio no me di cuenta de que mi monstruo podía serme útil. Me di cuenta por casualidad y cuando ya era muy tarde.

Resulta que a la noche de ese día Maravilloso, Terrible y Extraordinario me saqué la ropa para irme a bañar y dejé la polera amarilla tirada en un rincón de la pieza (“Inés, colgá la ropa”, “Inés, poné la ropa para lavar en el canasto”... No crean que no sé lo que tengo que hacer, pero a veces tengo la vida tan llena de cosas que algunas se me quedan afuera. Por ejemplo, la ropa, que no sé por qué aparece siempre tirada en una silla o agachada en los rincones).

Bueno, lo cierto es que la polera amarilla (la maldita polera amarilla, de sólo mirarla me sentía descompuesta...) quedó hecha un bollo en un rincón de mi pieza, cerquita del delantal (que no estaba tirado sino más bien colgado de la manija del placard). Pero todas éstas son cosas que yo vi y pensé al día siguiente, porque esa noche estaba tan cansada que me quedé dormida con el libro puesto justo en la página más emocionante...

A la mañana siguiente no me despertó mi papá, como siempre. Me despertaron los gritos de mamá.

—¡Inés! ¡Inés! ¡Esto sí que no te lo perdono más!, ¿me escuchaste? Esto no te lo voy a perdonar en toda la vida, ¿me oís? Nunca creí que fueras capaz de una cosa así. ¡Ya vas a ver la que te espera! Ésta no te la perdono, Inés, ¿entendiste?

Yo la escuchaba y la oía, pero no entendía. No entendía nada de nada. ¿Qué habría podido hacer yo mientras dormía? Un día Paula me había contado no sé qué historia de una chica que era sonámbula y salía a la vereda a jugar a la rayuela en la mitad de la noche... En una de éstas yo era sonámbula y había hecho cosas horribles mientras dormía, y ahora no me acordaba de nada.

—¡Claro! Vos no decís nada. Vos nunca decís nada. Vos sos de las que matan callando. Te creés que así te vas a salvar. Pero esta vez sí que no.

Esta vez sí que no, Inés. Esta vez vas a recibir un castigo importante, ¿entendés?, un castigo importante.

Yo seguía acostada en mi cama, con la frazada encima de la cabeza. ¿Un castigo importante? ¿Como qué? ¿Como que no me dejasen ir al cumpleaños de Yanina el viernes a la tarde? ¿Como que me tirasen a la basura mi colección de boletos capicúa? Ésos eran castigos importantes. Pero en una de éstas era peor. En una de éstas me pegaban. Una vez, cuando yo tenía seis años, mi papá me había pegado porque yo no había querido saludar a don Antonio, que había venido de visita. Como le tenía rabia... Siempre me acuerdo de ese día. Claro que ahora yo no tenía seis años, tenía once... En una de éstas...

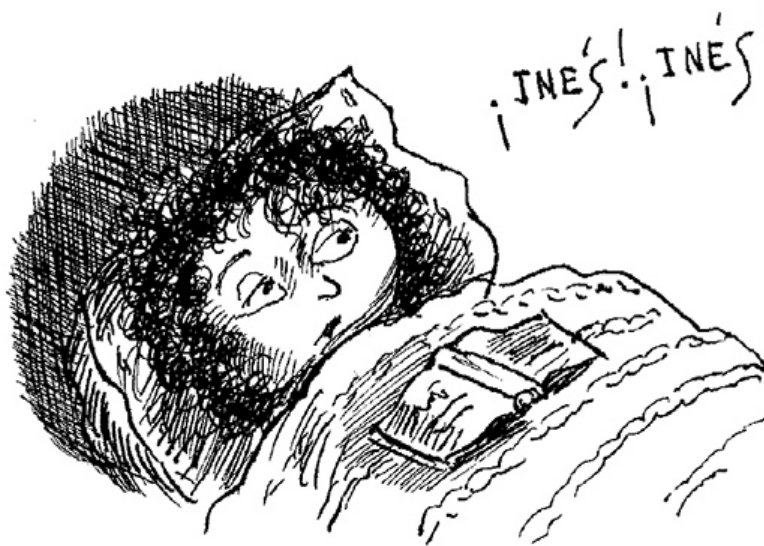
Debajo de la frazada, empezó a crecerme el miedo.

—No pienso comprarte otra polera, ¿entendiste? Y menos que menos ese pantalón con florcitas... ¡Menos que menos! ¿Me escuchaste, Inés?

“¿Qué demonios tendrá que ver la polera?”, pensaba yo. “¿Tanto lío porque la dejé tirada en el piso?”

Cuando oí que las chinelas de mi mamá ya andaban repiqueteando cerca de la cocina me levanté para ver.

De algo podía estar segura: estaban empezando a suceder cosas verdaderamente Maravillosas, Terribles y Extraordinarias. Ahí nomás, estirada encima de la silla, estaba la polera amarilla. Pero sólo alguien que la conocía tan bien como yo podía reconocerla. Su espantoso color amarillo era el mismo de siempre, pero todo lo demás era diferente. Estaba agujereada, desgarrada, destrozada, deshilachado, babosa, como si un cachorro de cocker hubiese estado jugando con ella toda la noche (nosotros gato tenemos, pero cachorro de cocker, no; eso era lo raro).



“No puede ser”, pensé. (Siempre que algo es, a mí se me da por pensar que no puede ser, pero sigue siendo.)

No quiero mentirle a nadie: yo estaba muy impresionada, pero triste, lo que se dice triste, no estaba. Casi podría decirse que estaba contenta. Pero, eso sí, no entendía. No entendía absolutamente nada.

Mi mamá pensaba que había sido yo, pero yo no había sido, de eso estaba segura. Salvo que fuese cierto el famoso asunto de los sonámbulos (pero mi tío Miguel Ángel dice que son inventos de los dibujitos animados y de las películas del Gordo y el Flaco...). Yo no había sido —ya les dije que yo soy buena— pero me sentía un poquito responsable porque, aunque yo no había sido, estaba contenta.

“Ahora la tendrán que usar para limpiar los vidrios”, pensé, y medio me reí.

De pronto se me ocurrió algo y corrí a mi delantal, que seguía colgado de la manija del placard. Le abrí el bolsillo y miré adentro.

Ahí estaba mi monstruo. Peludo como siempre, pero un poco cambiado. Me pareció menos verde, menos violeta y más azul pero, sobre todo, un

poquito más grande: ya abultaba como un pañuelo arrugado.

“¿Fuiste vos?”, pensé, y sin darme cuenta lo acaricié despacio, con un solo dedo.

Mi monstruo hizo una especie de ronquido y después suspiró. “Ronronea”, pensé yo. “Claro, pobrecito, ¡tenía hambre!” Y me pregunté si sería una especie de polilla. Pero la polilla “come lana, de la noche a la mañana”, como dice la canción de María Elena Walsh, y la polera amarilla no era de lana, era de algodón. (“¡Una polera nuevita, de algodón peruano, una polera finísima que nunca entendí por qué esta chica le tenía rabia!”, gritaba mi mamá en la cocina.)

Tenía que hacer un experimento.

Busqué en la bolsa de Actividades Prácticas y saqué un trapito de limpiar los restos de plasticola. Se lo acerqué a mi monstruo. Nada. Ni siquiera abrió la boca. “Estará demasiado lleno”, pensé.

Entonces vi la polera agujereada y probé de acercársela. (Son esas cosas que una hace sin saber por qué, pero como si supiera.)

Fue espantoso. De pronto se puso verde y violeta, casi fosforescente, y empezó a hincharse y deshincharse con mucha fuerza. Pegó un chillido de ratón, abrió su boca gigantesca, llena de muchísimos dientes, y se prendió como un tigre a la manga derecha, que era la única que todavía estaba casi intacta. Arrancó un pedazo enorme y se lo masticó a toda velocidad. A medida que tragaba se iba poniendo más azul y menos violeta, y poco a poco se fue tranquilizando.

Volví a poner la polera donde la había dejado mi mamá, me vestí a toda velocidad y me fui a tomar la leche.

—Inés, ¿por qué hiciste eso? —preguntó mi papá muy serio.

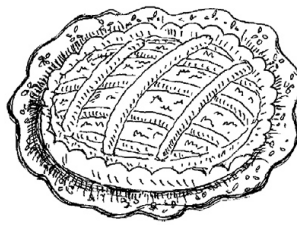
Cuando mi papá me dice “Inés” a mí se me hace un nudo en la garganta (eso de las gargantas anudadas también lo aprendí de mi abuela) y yo,

cuando tengo un nudo en la garganta, no puedo tragar la leche.

Supongo que tendría que haber dicho: “Yo no fui, papi, fue mi monstruo, porque yo tengo un monstruo en el bolsillo...” pero ya se sabe que yo (como dice la señorita de Lengua)... Y sobre todo cuando tengo un “Inés” atragantado en la garganta.



ESTE CAPÍTULO ESTÁ DEDICADO
PRINCIPALMENTE A MI TÍA RAQUEL Y
AL DULCE DE MEMBRILLO



Mi tía Raquel vino porque fue el cumpleaños de mi mamá. Mi tía Raquel jamás se olvida del cumpleaños de nadie. Y siempre que viene trae una pastaflora. (“Nena, se dice pastaflora”, dice mi tía Raquel, pero a mí siempre me sale “pastaflora” porque ella la trae en una fuente de loza con florcitas, una fuente tan linda que yo no puedo dejar de mirarla.)

Como ustedes ya saben un montón de cosas mías y de mi familia, no tengo problema en contarles que yo detesto la pastaflora. Porque no me gusta nada el dulce de membrillo. De manera que cualquier pastaflora del mundo —y aun cualquier pastaflora— me parecería más bien horrible. Pero la pastaflora de mi tía Raquel es especialmente espantosa, y no sólo a mí me parece horrible sino que también le parece horrible a mi papá, y eso que a mi papá le encanta, en general, el dulce de membrillo. Y hasta estoy segura de que le parece horrible a mi mamá, aunque ella no dice nada porque es tan educada y tan simpática (como dicen todos).

Lo único lindo de la pastaflora de mi tía Raquel era la fuente de loza con florcitas.

Bueno, mi tía Raquel y su pastaflora vinieron a mi casa el miércoles por la tarde. (Me acuerdo bien de que era miércoles porque en la escuela habíamos tenido hora doble de Ciencias Sociales, y la señorita Betty se había pasado el tiempo organizando la obra del 25, de la que yo trataba de no acordarme.)

Cuando mi mamá me llamó para tomar la leche pensé: “Ahora, mi tía Raquel me va a decir que cada día estoy más flaca”. Y también pensé: “Me van a servir pastaflora, y yo odio la pastaflora”.

Les doy todas estas explicaciones para que entiendan por qué fue que antes de ir a la cocina a tomar la leche, medio como al descuido, me puse al monstruo en el bolsillo del pantalón.

En cuanto lo tuve en la mano me di cuenta de que había crecido. No sólo estaba bastante más grande que el día en que apareció (y habían pasado sólo dos días), sino que pesaba. Pesaba bastante, casi demasiado, porque el bolsillo se hundía y tironeaba hacia abajo. En realidad, el monstruo ya se me notaba un poco, así que bajé todo lo que pude el pulóver para esconderlo.

Mi tía Raquel estaba sentada en un sillón, y mi mamá en otro.

—Inesita, vení a saludar a la tía Raquel. ¡Mirá qué suerte! ¡Trajo pastaflora!

(¿Por qué será que mi mamá siempre se preocupa tanto por decirles cosas amables a las visitas?)

—Hola, tía.

—Hola, Inés. ¡Pero, nena! ¡Cada día estás más flaca! ¡Y mucho más velluda! ¡Nena, esta chica va a ser muy velluda cuando sea grande!

Cuando yo oí eso de “velluda”, por un momento (sólo por un momento) se me hizo que era “belluda”, y me quedé pensando. Era una palabra nueva. “En una de éstas «belluda» quiere decir «hermosa»”, pensé. Pero, en el fondo, me pareció increíble que mi tía Raquel me dijese algo amable. Mi tía Raquel era especialista en decir cosas poco amables. Por ejemplo: “¡Qué despeinada!” o “¡Qué flaca!” o “¿Cuándo se te terminarán de enderezar esos dientes?”. Así que cuando le oí decir “belluda” —o “velluda”— no me hice muchas esperanzas.

—Bueno, yo también soy velluda —dijo mi mamá—. Y el Negro ¡ni te cuento! Si Inés tiene mucho vello, cuando sea grande se depila y chau.

¡Ya me parecía! ¡Ya me parecía que mi tía Raquel no podía andar diciendo que yo soy linda! Si nadie lo dice, menos lo va a decir ella.

Se ve que mi tía Raquel, después de decirme “flaca” y “peluda”, consideró que había hecho suficiente, porque siguió hablando con mi mamá y no volvió a ocuparse de mí.

Yo me traje un banquito (en mi casa hay sólo dos sillones y los dos estaban ocupados) y me dediqué a mirar con toda atención la cara de mi tía Raquel y los aros de piedritas azules que le colgaban de las orejas y le bailaban alrededor de la cabeza mientras hablaba.



Juro que sólo pensaba en los aros cuando, de pronto, sentí que el bolsillo me pesaba menos. Al parecer, mi monstruo se había ido. Un monstruo suelto siempre es un problema pero, no sé por qué, yo no estaba nada preocupada.

Ahí estaban mi tía Raquel en un sillón y mi mamá en otro, y yo preguntándome a dónde habría ido mi monstruo y qué serían esos chilliditos de ratón y ese trish trish que venían de la cocina, cuando mi mamá me dijo:

—Inés, poné el mantel rosa y las tacitas verdes. El té ya está listo. Ah, y poné también la pastafrola que trajo la tía... Está encima de la repisa.

Ahí me di cuenta de que había llegado la hora de la verdad (como dicen en la tele).

En cuanto empujé la puerta de la cocina no tuve necesidad de entrar para saber que mi monstruo ya había estado.

—Ma, vení. No sé qué habrá pasado —mentí.

Mi mamá se levantó del sillón y vino hasta la puerta, y las dos miramos juntas una destrozada mezcla de asquerosa pastaflora y lindísima fuente de loza con florcitas.

En realidad, no podía decirse que faltase demasiado. Había mucha pastaflora y muchas florcitas de loza por encima de la repisa y también en el suelo. Todo en miguitas, todo destrozado en mil trocitos.

—¡Oh, no! —dijo mi mamá. Y no dijo más porque, cuando hay que hablar, a mi mamá, que siempre habla, se le da por quedarse callada.

Para cuando mi mamá dijo “¡Oh, no!” ya mi tía Raquel se había acercado a la puerta de la cocina y miraba junto con nosotras dos ese desparramo de “floras” y de flores.



—¡Estela! (Cuando mi tía Raquel dijo “Estela” yo me di cuenta de que mi mamá iba a recibir un reto.) Estela, esto te pasa por tener un gato en la casa. ¡Cuántas veces te tengo que decir que los gatos son traicioneros! Si basta con mirarles los ojos...

Mientras mi tía Raquel hablaba de lo taimados, arteros, oportunistas, egoístas y decididamente traicioneros que eran los gatos, Baldomero (Baldomero es nuestro gato) la miraba con los ojitos muy atentos desde su almohada.

El pobre acababa de despertarse de su siesta número diecisiete (duerme por lo menos veintidós siestas en el día) y estaba muy intrigado por los

aritos colgantes de mi tía Raquel, que, mientras mi tía la retaba a mi mamá, se movían bailando alrededor de su cara.

—Ppppero no sé... nnno creo... a mí no me parece... balbuceaba mi mamá.

Por un momento, pareció que a mi mamá se le habían caído al suelo todas las palabras, pero enseguida me di cuenta de que todas no, porque dijo:

—Y vos, Inés, no te rías.

OceanofPDF.com

ÉSTE ES UN CAPÍTULO PELIGROSO.
CONVIENE LEERLO CON CUIDADO.



Mi tía Raquel siempre dice que ni mi mamá ni yo tenemos la culpa de que mi papá gane una miseria. Según yo, tampoco mi papá tiene la culpa, porque no creo que gane una miseria a propósito; si gana una miseria, seguro que lo hace sin querer. Y mi tía Raquel siempre agrega: “Todo porque no quiso terminar la carrera”. Casi siempre que mi tía Raquel habla de la miseria que gana mi papá, trae a cuento ese asunto de la carrera que no terminó. Y eso porque mi papá estudiaba para ingeniero pero dejó en tercer año, cuando se casó con mi mamá. Como mi papá casi nunca habla, yo no sé por qué dejó de estudiar, pero yo digo: a lo mejor, no le gustaba más ser

ingeniero. Además —siempre según mi tía Raquel—, hizo lo peor que podría haber hecho: meterse a trabajar en ese Boliche Maldito. (Cuando mi tía Raquel dice “Boliche Maldito” se refiere a Multiglás, que es la compañía donde trabaja mi papá desde hace como catorce años.)

Ustedes dirán que qué tiene todo esto que ver con la historia de mi monstruo. Pero tiene que ver. Porque si mi papá no ganara una miseria, todos podríamos comprarnos más cosas. Y yo habría podido ir al cumple de Yanina con un pantalón con florcitas en las rodillas o, por lo menos, si no tenía más remedio que ir, como siempre, con la pollera escocesa y el pulovercito blanco, habría podido comprarme unos zoquetes con puntilla.

—Ma, ¿puedo comprarme unos zoquetes con puntilla?

Yo me animé a hacer esa pregunta porque la aventura de mi tía Raquel y el triste fin de su pastaflora habían dado tanto que hablar en mi casa que, para el viernes a la mañana, ya nadie se acordaba del asunto de la polera amarilla ni del castigo importante (mucho menos mi mamá, que tiene poca memoria).

Pero me había olvidado de un detalle: estábamos llegando a fin de mes, y cuando mi familia está llegando a fin de mes, nadie puede pensar en bifés de costilla ni en bananas ni en cine ni en café... ¡y menos que menos en zoquetes!

Todo esto no habría sido demasiado terrible. Al fin de cuentas, la pollera escocesa es bastante linda... Y no me habría importado casi nada si no hubiese sido porque era la primera fiesta a la que iba Martín y porque estaba segura de que, en cuanto Verónica me viese, iba a decir: “Ay, Ine, ¿por qué te ponés la misma ropa en todos los cumpleaños?”

Por todas estas razones, decidí que era mejor llevar a mi monstruo en el bolsillo. Y, por eso, que mi papá gane una miseria, quieran que no, tiene un poco que ver con esta historia.

Me peiné con cuidado y conseguí que casi todos mis pelos quedaran atrapados adentro de mi hebilla blanca. Después saqué mi monstruo del bolsillo del delantal y me lo puse en el bolsillo de la pollera escocesa. Estaba pesadísimo y grande, casi tan grande como una naranja. Menos mal que yo soy flaca y la pollera escocesa es amplia... Como tiene muchas tablas, no se notaba casi nada.

Cuando llegué a la casa de Yanina, me encontré con Federico en la puerta. Todos dicen que Federico gusta de mí. A mí a veces me parece que sí, que es cierto. Otras veces no me parece.

En cuanto Federico me vio me miró la hebilla del pelo, la hebilla blanca en forma de mariposa que me regaló mi abuela Julia para Navidad. Ya la usé un montón de veces, pero me sigue gustando. Me queda bien porque es muy blanca y yo tengo el pelo muy negro. Yo sabía que Federico miraba mi hebilla porque le gustaba cómo me quedaba (Federico siempre se fija en esas cosas).

La película que habían alquilado para el cumple de Yanina era ésa de los autos que chocan y vuelan por el aire. Yo ya la vi tres veces: en el cumpleaños de Federico, en el de Gabriela y en el de María Laura (se ve que en el videoclub de la estación no hay muchas películas para elegir). Después el papá de Yanina pasó la película al revés. Era gracioso ver cómo se deschocaban los autos. (Lo malo es que al papá de Federico, al papá de Gabriela y al papá de María Laura ya se les había ocurrido hacer lo mismo.)

“Todos los cumpleaños son un poco iguales”, pensé yo. Pero esta vez me equivocaba.



Después fuimos a comer chizitos y esas cosas. Además, la mamá de Yanina había hecho unas salchichas con cara que me gustaron mucho, y me estuve fijando cómo las había hecho porque no me parecía tan difícil.

Después quisieron jugar a la botella.

En mi grado, cuando jugamos a la botella, es para averiguar quién gusta de quién, eso lo sabe cualquiera. Cuando jugamos a la botella yo me pongo muy nerviosa. Me dan cosquillas en las manos y el corazón me late demasiado rápido. A veces me gusta y otras veces me parece que no es un juego lindo. Cuando el pico les toca a los varones, casi nunca me eligen (salvo Federico, que siempre me da un beso a mí, como conmigo tiene confianza...) Y cuando el pico me toca a mí me pongo tan colorada que

todos se matan de risa... Y yo nunca me animo a darle un beso a nadie. Cuando estoy a punto de ponerme a llorar, alguien dice: “Bueno, tiren de nuevo; a Inés le da vergüenza...”.

Pero esta vez no fue como otras veces porque en la ronda estaba Martín... Lo malo es que también estaba Verónica.

—Le tocó a Martín —dijo Andrés.

Y yo bajé los ojos para no ver cómo Martín se levantaba y le daba un beso en el aire pero cerca del cachete a Verónica, que se rió bajito y se acomodó la puntilla de los zoquetes.

—¡Ahora juguemos al cuarto oscuro! —gritó Sebastián.

—¡Eso! ¡Eso! ¡Al cuarto oscuro!

Jugar al cuarto oscuro sí que me gusta porque es un juego emocionante y, además, yo sé esconderme: hay que hacerse chiquita y quedarse callada, y eso para mí es lo más fácil del mundo.

En cuanto Andrés apagó la luz me metí en un rincón, entre la cama de Yanina y la pared, y me hice chiquita, chiquita, enroscada.

Sentí que algo tibio me rozaba la mano pero no me moví.

Cuando se hizo silencio abrí los ojos y vi que estábamos adentro de la oscuridad más oscura. Me puse tan nerviosa que me dio risa.

Primero se oyó un chillido de ratón, un chillido apenas, y después unos gritos:

—¡Ay! ¡Ay! ¡No! ¡Por favor, no!

(Era una chica, ¿qué chica?)

Y después otra vez el chillido y otra vez los gritos: —¡Por favor! ¡Por favor! ¡Prendan la luz! ¡Prendan la luz que tengo miedo!

—¡Dale, sonsa!

(Ése era Andrés. ¿Quién no le conoce la voz, si se pasa la vida hablando?)

—¡Por favor, prendan la luz! ¡Señora! ¡Señora, prenda la luz por favor!
Alguien me está pinchando... ¡Por favor! ¡Por favor!

Algunos empezaron a moverse en la oscuridad.

Yo seguía quieta en mi rincón, y Paula, que estaba muy cerca, dijo:

—¿Quién grita? ¿Quién es la que grita?

Nadie contestó, pero alguien lloraba con fuerza.

—Dale, Andrés, prendé la luz.

—Bueno, ya va, pero no encuentro la llave.

—¡Al lado de la puerta, tarado!

—Sí, pero ¿dónde está la puerta, tontín?

Pasó como medio minuto en el que la oscuridad fue tan negra que no se veía ni el brillo de los dientes. Todos se atropellaban.

Se oían muebles que se corrían. Se oían gritos.

—¡Sacá el codo de ahí, ¿querés?!

—¡Y qué sé yo dónde está mi codo!

—¿Quieren callarse y abrir la puerta?

—¡Los varones siempre los mismos brutos!

Y, en el fondo de todo eso, alguien lloraba, pero con menos fuerza que antes.

Por fin, Andrés encontró el picaporte y abrió la puerta. Lo primero que se vio fue mi pulóver, porque es tan blanco.

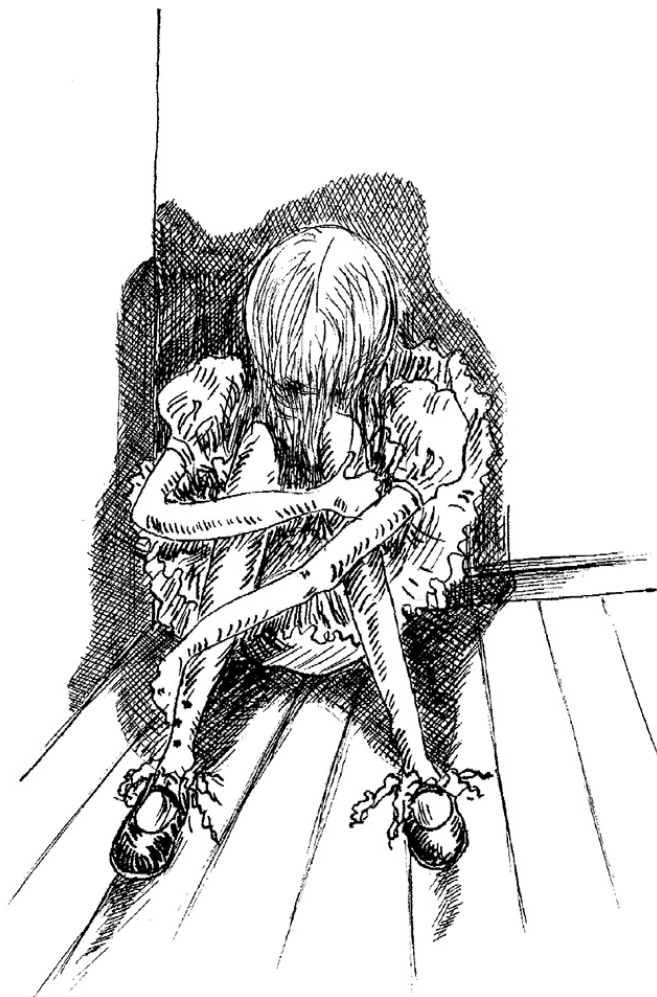
Cuando encendieron la luz se hizo silencio.

Todos nos mirábamos. No era demasiado raro que el juego del cuarto oscuro terminara en una pelea, pero en un llanto... (cuando estábamos en tercer grado, vaya y pase ¡pero en sexto!)

—¡Miren! ¡Miren!

Paula fue la primera que se dio cuenta.

Todos miramos: sentada en un rincón, al lado del placard, estaba Verónica, llorando y abrasándose las rodillas. Los zapatos de charol brillaban mucho y los zoquetes de puntillas, deshechos, destrozados, caían en tiritas finitas hasta el suelo. En el tobillo izquierdo brillaban apenas dos o tres puntitos de sangre.



No sé por qué se me dio por meter la mano en el bolsillo. Mi monstruo me recibió con un suspiro; se hinchaba y deshinchaba suave, despacito.

Verónica todavía tenía los ojos mojados cuando vino la mamá a buscarla.

La mamá de Verónica es alta, rubia y flaca, justo lo que mi mamá llama “una señora fina”. Será por eso (porque es fina) que cuando la mamá de

Yanina quiso explicarle todo el lío ese del tobillo pinchado y el cuarto oscuro, no puso el grito en el cielo (como habrían hecho mi mamá o la mamá de Paula, que no son ni la mitad de finas), sino que sonrió amablemente y dijo:

—No se aflija, señora, si no es nada... Seguro que fue ella misma, con las uñas... ¡Es una chica tan nerviosa!

“¡Mentira!”, tendría que haber gritado yo. “¡Mentira! ¿No oyeron que pedía ayuda?”. Pero no dije nada, porque justo en ese momento vino mi papá a buscarme y me fui de la fiesta.

OceanofPDF.com

ESTE CAPÍTULO ES MUY CORTO PORQUE QUIERO Y NO PUEDO ORDENAR MIS PENSAMIENTOS



A mí cuando estoy preocupada se me cierra el estómago. (Eso de los estómagos cerrados también es cosa de mi abuela, como la cuestión de los nudos en la garganta y de las almas que se caen al suelo.) Y, como cualquiera puede darse cuenta, cuando los estómagos están cerrados la comida no les entra. Fue por eso que la noche del cumpleaños de Yanina le dije a mi mamá que no quería comer. (“Cada día estás más flaca”, “No sé cómo querés crecer sin comer”, “La semana que viene te llevo a lo de la

doctora porque esto no puede seguir así”, etcétera: mi mamá no es partidaria de los estómagos cerrados.)

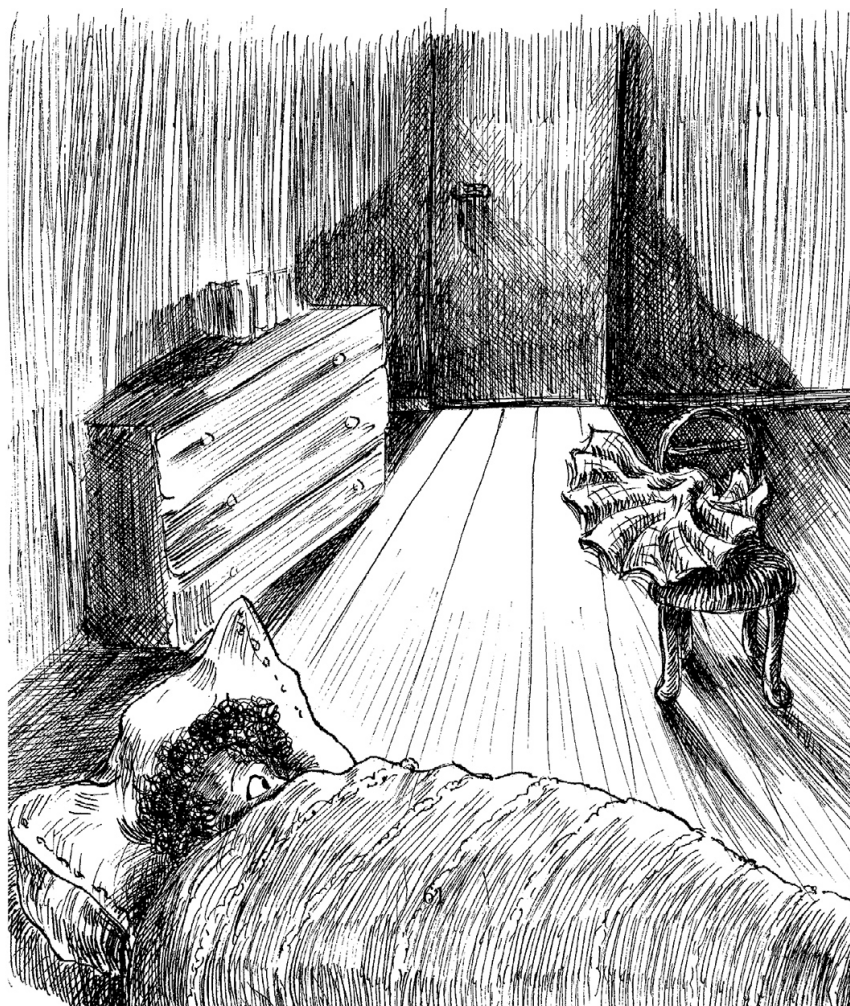
Me fui corriendo a mi pieza, me puse el camisón y me metí en la cama. La pollera escocesa quedó tirada sobre una silla. No me preocupé por ordenar nada y ni siquiera me lavé los dientes (eso, según mi mamá, me va a costar varias caries).

Lo único que quería era acostarme, taparme bien con la frazada y pensar en todo lo que me estaba pasando.

Lo malo de ponerse a pensar es que el que piensa no puede organizar lo que va pensando. Por ejemplo, yo quería pensar ordenadamente en todo lo que había pasado esa semana y empezaba a pensar en cosas que no tenían nada que ver, en esas salchichas con cara que había inventado la mamá de Yanina, en la cara de Federico cuando me vio la hebilla y también sobre todo en esos dos o tres puntitos de sangre en el tobillo de Verónica. A cada rato pensaba en el tobillo de Verónica y a cada rato me decía: “Yo no tengo la culpa. Fue mi monstruo”.

“Mi monstruo y yo, yo y mi monstruo”, eso era lo que pensaba todo el tiempo.

La pollera escocesa seguía tirada en la silla. v“¿Cómo hará para salir del bolsillo?”, me preguntaba. Al fin y al cabo no era la primera vez que mi monstruo tomaba las cosas por su cuenta y ¿saltaba?, ¿volaba?, ¿flotaba? en busca de alimento.



Tal vez, si apagaba todas las luces y me quedaba quietita en la cama, espiando, podría verlo salir de su nido y volar por el aire. Pero no era muy probable. Ya se había comido la puntilla de los zoquetes de Verónica y seguramente estaba lleno, sin hambre.

Apagué la luz y me acurruqué debajo de la frazada, con el cuello bien tapado, como me gusta a mí, tapada hasta la cabeza, de costado, con las rodillas tocándome casi la cara (“No sé cómo podés dormir así, hecha una pelota”, dice mi mamá, pero yo, si no es así, no duermo).

Por la punta de la frazada puedo espiar la habitación. Entra algo de luz por las rendijas de la puerta y reconozco el estante con los libros, la silla de

paja, la puerta del placard, un poco entreabierta... Y, por ahí cerca, el montoncito que forma en la silla la pollera escocesa.

No distingo nada, no sé dónde está el bolsillo, pero sé que se mueve. Mi pollera escocesa, suave y silenciosamente, se mueve al compás de mi monstruo.

OceanofPDF.com

EN ESTE CAPÍTULO, PRIMERO TENGO GANAS DE LLORAR Y DESPUÉS LLORO



Bueno, la cuestión es que, con el asunto ese de la polera amarilla, la pastaflora en su fuente de florcitas y los zoquetes con puntilla, mi monstruo estaba cada día más pesado.

Tanto pesaba que, por primera vez, empecé a pensar que podía llegar a ser un poco incómodo tener un monstruo en el bolsillo.

El lunes por la mañana (el día en que mi monstruo estaba por cumplir una semana de vida en mis bolsillos) decidí que no quería llevarlo conmigo a la escuela. Porque me iba a pesar. Porque me iba a molestar en el recreo y

no iba a poder jugar a la mancha cadena. Porque me iba a abultar mucho más que un pañuelo arrugado...

“Manso, manso”, lo acaricié. Él me ronroneó un saludo, y yo lo recogí en mi mano y lo puse con todo cuidado dentro de una zapatilla vieja.

Esta vez no me gustó levantarlo. Estaba más pesado que una bolsita de arena y, cuando lo agarraba, se me quedaba pegado en la palma de la mano, hundiéndose, queriendo derramarse por entre los dedos.

Y ahí fue cuando esta historia empezó a ponerse difícil (que menos mal que la abuela Julia me dio una mano, que si no...) porque cuando terminé de tomar la leche y volvía a mi pieza a ponerme el delantal... ¡mi monstruo estaba en el bolsillo!

No sé bien cómo explicar lo que sentí. Por primera vez en toda esta historia, tuve miedo. Un miedo de ésos que a una le pegan un puñetazo en la mitad del pecho y después le hacen sudar la frente. Y le dejan una espina clavada en el corazón (como diría mi abuela). Miedo y ganas de llorar muy fuerte. Yo no quería llevar a mi monstruo en el bolsillo pero mi monstruo quería venir conmigo.

De repente, sentí una gran necesidad de deshacerme de él, de que se fuera de una vez y me dejara.

“¿Quién te llamó?”, pensé. “No te necesito”, pensé. “Una cosa es tener un monstruo en el fondo del placard, por cualquier emergencia... pero otra cosa es tener siempre siempre siempre un monstruo en el bolsillo”, pensé. Quise sacarlo con la mano. No pude. Estaba como pegado a la tela.

—Vamos, Inés, se te hace tarde. Ya son las siete y media.

Hice un nuevo intento. Agarré un puñado de pelos violeta y los tiré hacia arriba.

Sucedió lo que tendría que haberme imaginado que iba a suceder. Mi monstruo me mordió. Con sus dos hileras de dientes filosos y mucho más

largos que antes.

Me miré la mano. Estaba llena de sangre. No eran sólo globitos como la primera vez, no eran dos o tres marcas rojas como las del tobillo de Verónica. Era un montón de sangre que no se veía de dónde salía, sangre como cuando una se hace un buen tajo con un cuchillo.

—¡Inés! ¡Sabés la hora que es, Inés! ¿Me querés decir qué estás haciendo que tardás tanto?

Ahí, justo ahí, dejé de ser valiente.

—¡Mami! ¡Ma! ¡Vení, ma! ¡Me sale sangre!

Me puse a llorar y dejé que mi mamá me limpiara bien la mano, me pusiera merthiolate y me vendara.

Se ve que llorar me hizo bien, porque cuando terminé de llorar tenía el estómago mucho menos cerrado, la espina del corazón menos hundida y casi se me había desanudado la garganta.

—Bueno, Inuchita, ya está. No es nada. Son unos pinchazos de nada. Pero ¿qué pasó? ¿Con qué te lastimaste?

¡Cómo me hubiese gustado decir: “Fue mi monstruo, mami... Porque yo tengo un monstruo en el bolsillo”!

Pero no. Dije:

—Fui al costurero a buscar un alfiler de gancho para la escarapela, y me tropecé y...

—¡Qué barbaridad, Inés! ¡Te clavaste como seis agujas!

Mientras yo me ponía la mochila, mi mamá hacía una notita para explicar que no iba a poder escribir porque me había lastimado la mano derecha.

Cuando estaba por cerrar la puerta, me gritó: —Inés, arregláte el cuello del delantal y fijáte a ver qué es lo que te hace tanto bulto en el bolsillo.

ESTE CAPÍTULO EMPIEZA MUY MAL PERO DESPUÉS MEJORA UN POCO



Fue entonces cuando empecé a tener miedo de mi monstruo. No tenía miedo de que me hiciese daño a mí (yo sabía que si no lo contradecía no había peligro, yo sabía que en cuanto lo acariciaba se ablandaba como un gatito, que hasta ronroneaba y todo...) Pero tenía miedo de que no quisiera dejarme, de que se me pegase al bolsillo como un chicle. Y también tenía miedo de que se me notara, de que la señorita de Lengua, por ejemplo, dijese: “Ahí va Inés con su monstruo. No era tan buena al fin de cuentas...” Tenía miedo de dejar de ser yo. ¡Qué sé yo! Tenía miedo.

Desde ese día me dejé la campera puesta toda la mañana. Era grande y larga y me tapaba bien el bolsillo. A todos les llamaba la atención porque los días estaban muy lindos y no hacía frío.



—Pero Ine, ¿no te morís de calor? —me decía Paula.

Pero Paula ¿qué sabía!

Ni Paula, ni Federico, ni la señorita de Lengua, ni mi papá ni mi mamá sabían nada de mi monstruo. Ellos me seguían tratando como si tal cosa, como si yo fuese una Inés sin monstruo y no una Inés con monstruo en el bolsillo.

Desde ese día, con mi mano vendada y mi bolsillo demasiado lleno, empecé a sentir miedo, mucho miedo.

A la noche tenía pesadillas.

Era el día del acto: mi monstruo se pegaba a la cara de Verónica y le comía la mantilla.

Era el día del acto: mi monstruo crecía como una pelota de fútbol y yo tenía que llevar mi bolsillo en carretilla.

Era el día del acto: la directora me obligaba a sacarme la campera y mi monstruo crecía y crecía y se los comía a todos.

Era el día del acto: la señorita Betty me decía “Inesita” y mi monstruo le mordía la garganta.

En mis pesadillas siempre era el día del acto. No sé por qué me parecía que ese día iba a ser peor que otros. Tenía la sensación de que ese día, precisamente ese día, mi monstruo se iba a dejar ver por todos.

El 24 de mayo a la noche le dije a mi mamá que me dolía un poco la garganta.

—¡Ay, Inuchita! ¡No me digas eso! ¡A ver si te pescás algo justo ahora que están por estrenar tu obra!

—Es mía y de Federico, ma.

—¿No tendrás fiebre, no?

No, no tenía fiebre. Y tampoco me dolía demasiado la garganta. Era más bien una especie de nudo muy fuerte, de esos que cortan la respiración. Y también una espina honda, de esas que duelen todo el tiempo... Pero creo que angina no era.

Las cosas que pasaron después no son cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias, pero tampoco son cosas de morondanga.

Pasó que mi mamá me dio una aspirina y un té con leche (a mí el té con leche me encanta).

Después pasó que me sentó en las rodillas, como cuando era una nenita (a mí me dio risa).

Pasó que me rascó la espalda (a mí me encanta que me rasquen la espalda).

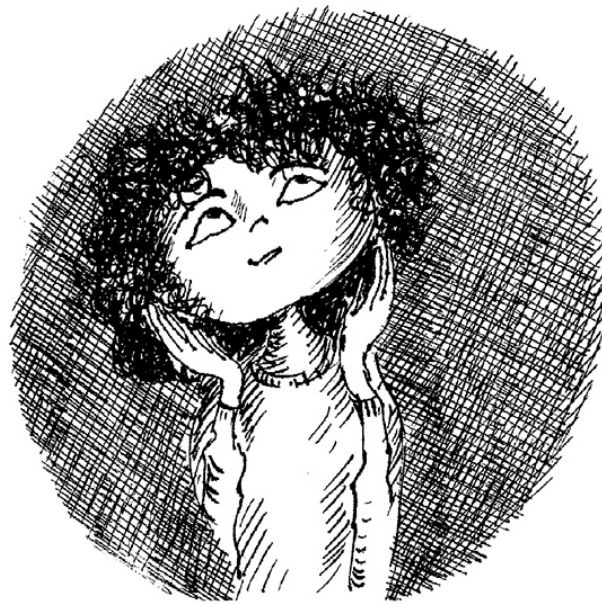
Y después me dijo:

—¿Qué te parece si mañana te peinás con una trenza?

Y por un rato largo, bastante largo, me olvidé de mi monstruo.

OceanofPDF.com

ÉSTE SÍ QUE ES UN CAPÍTULO
IMPORTANTE PORQUE SUCEDEN
COSAS VERDADERAMENTE
MARAVILLOSAS, TERRIBLES Y
EXTRAORDINARIAS



“¡Más cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias!”, dirán ustedes. “Otras”, digo yo. Y no es para menos porque en este capítulo se habla del famoso día del acto.

Por lo pronto, no fue una mañana de morondanga porque me levanté muy temprano, me lavé bien la cara, me cepillé los dientes hasta sacarles brillo,

me peiné con una trenza muy larga y me puse la hebilla blanca.

—¡Inuchita! ¡Qué linda estás hoy! —me dijo mi papá cuando entré a la cocina.

Y yo me senté a tomar la leche pensando que éste parecía un día bueno, un día tibiecito, que no parecía el día peligroso de mis pesadillas.

—Inés, ponéte el delantal que está en la percha. Está recién planchado y ya tiene la escarapela puesta.

Por un momento pensé que, en una de éstas, si tenía suerte, el monstruo se iba a quedar pegado en el delantal sucio y yo iba a poder ir brincando con delantal limpio y bolsillos vacíos a la escuela.

Pero no. En cuanto descolgué el delantal de la percha me di cuenta de que pesaba demasiado, de que el bolsillo derecho estaba gordo y redondo, inflado. Mi monstruo no me dejaba así nomás. Mi monstruo no me dejaba.

No me animé a tratar de sacarlo. Todavía tenía la mano un poco lastimada.

—¡Pero, Inés! ¡No hace falta que lleves la campera! ¡Mirá qué lindo día!

“Mami, los días no pueden ser lindos cuando una tiene un monstruo en el bolsillo”, tendría que haber dicho yo, pero no dije nada.

Cuando entré a la escuela, mi alma se tropezó y casi se me cae al suelo: todos los que actuaban en la obra se estaban disfrazando dentro del aula. “Si yo hiciera de Gerónima”, pensé, “estaría poniéndome la blusita de volados”. ¡Sentí tanta pena!

Verónica tenía un traje celeste con encaje y una mantilla negra. Se había pintado tres (¡tres!) lunares en el cachete y tenía los labios muy rojos. Pero no parecía contenta.

“Está disfrazada de Gerónima”, pensé yo, “pero no es Gerónima... Gerónima no puede ser Verónica porque Gerónima soy yo”. Y se ve que

pensar eso me hizo bien porque enseguidita el alma me volvió al cuerpo y pude entrar sin tropezarme al aula.

La señorita Betty estaba muy nerviosa. Se notaba que estaba nerviosa porque estaba despeinada, tenía los cachetes colorados y tartamudeaba un poco.

—Vení, Inés. Ayudáme. A ver si vos podés pintarle los bigotes a Federico con este corcho. Nnnno sé qué me pasa que no me sale.

A mí, muchas veces una maestra me había parecido mala, pero era la primera vez que una maestra me parecía tonta. Me saqué la campera para estar más cómoda y no me importó que se me viera el bolsillo.

El bigote de corcho quemado me salió muy bien porque Federico se quedó bien quieto, mirándome la trenza.

—Nunca te habías peinado así —me dijo.

—No, nunca.

Después del bigote de Federico, me ocupé de la galera de Sebastián, que tenía poca plasticola y se le estaba desarmando. Después le pinté la cara de negro a Andrés, la peiné a Yanina y estaba tratando de ayudarla a Paula a abrocharse un cinturón de terciopelo que le quedaba demasiado chico, cuando oí:

—¡Por favor! ¡Por favor!

No tuve que darme vuelta para saber que era Verónica.

Estaba tan nerviosa que se había puesto a llorar. Cuando la miré de reojo vi que ya se le habían despintado los tres lunares.

—¡Por favor! —pedía,

—“¡Por favor! ¡Por favor!” —se burló Martín—. Acabála, Verónica. Sos una histérica.

—¿Por qué llorás, Verónica? —le pregunté.

Verónica lloraba porque el peinetón se le resbalaba y la mantilla se le caía al suelo, porque el vestido era demasiado largo y se lo pisaba, porque no se acordaba si tenía que entrar antes que Andrés o después que Andrés, porque le dolía un poco la panza, porque el papá no iba a venir al acto porque el papá no soporta los actos y porque la mamá no iba a venir al acto porque la mamá no soporta levantarse tan temprano y, si se levanta temprano, después anda nerviosa todo el día.

Por todo eso Verónica pedía por favor y lloraba con muchísimo ruido.

—No seas tarada, Verónica. Vas a estropear la obra —dijo Paula, que seguía peleándose con su cinturón.

—Sí, eso mismo, Verónica. Tranquilízate de una vez porque si no tu papel lo hace Inés y listo.

Cuando la señorita Betty dijo eso, a mí me pasó algo extraño porque no pensé: “¡Claro! ¡Que me deje a mí! ¡Al fin de cuentas Gerónima soy yo!”. Tampoco pensé: “Verónica es una cancherita y le tengo rabia”. Creo que más bien pensé: “La señorita Betty volvió a no darse cuenta”.

Y miré y la vi a Verónica con la cara sucia de los lunares despintados, con el peinetón caído y la mantilla arrugada, con los mocos que le corrían por la cara, apretándose las manos contra el vestido de encaje y repitiendo siempre igual, pero ahora en voz más baja:



—¡Por favor! ¡Por favor!

Entonces, sin que nadie más me oyera le dije: —Vení. Yo te ayudo.

Fuimos al baño para que se lavara la cara.

—Ahora sentáte acá que yo te peino.

Y empecé a peinarla despacio.

—¿Viste qué poquito pelo tengo? —se quejaba mientras se sonaba los mocos en el pañuelo—. Poquito y finito. Es un desastre.

Y yo pensé que tenía mucha razón, que su pelo no era lindo, que era más bien un desastre.

Le sujeté el peinetón con mi hebilla blanca y le pinté un solo lunar (porque con uno solo quedaba mucho más linda). Después ella bajó la cabeza para que yo le pusiera la mantilla y la levantó de golpe y me preguntó:

—¿Qué tenés en el bolsillo?

—Nada. Cosas mías —le dije y después le expliqué con cuidado—: Cuando Andrés termine de hablar, vos entrás de golpe, con mucha fuerza

(porque Gerónima es muy valiente) y gritás en voz bien alta: “¡Yo también quiero ser libre!”.

OceanofPDF.com

ESTA HISTORIA TERMINA COMO EMPEZÓ, PERO DISTINTA



Éstas son algunas de las cosas que pasaron en el famoso día del acto:

1) ¡Vino mi abuela Julia! Eso primero y principal porque la quiero tanto y porque, como vive en Villa Ballester, la veo poco. Además de venir, trajo pastelitos de dulce de batata (y a mí el dulce de batata sí que me gusta).

2) También vino el tío Miguel Ángel. Mi tío Miguel Ángel es el hermano de mi mamá. Cuando yo era chiquita, mi tío Miguel Ángel me tiraba por el aire y volvía a atajarme, ¡y yo me reía tanto! Ahora ya no puede tirarme por el aire, pero me hace chistes, y yo me río igual que antes. En cuanto mi tío Miguel Ángel me vio le dijo a mi mamá: “Estela, esta chica es idéntica a

vos cuando te peinabas con trenza”. Cuando mi tío dijo eso, mi mamá se sonrió y yo me la quedé mirando.

3) La obra “Todos queremos ser libres” fue un gran éxito. Todos aplaudieron mucho, a pesar de que Martín se equivocó dos veces y a Paula se le soltó el cinturón mientras estaba hablando. Cuando terminó, Federico y yo subimos al escenario para saludar al público. Como somos los autores... Federico dice que yo me puse colorada, pero yo digo que no es cierto. (Para mí que el que gritaba “¡Bravo! ¡Bravo!” allá en el fondo era mi tío Miguel Ángel.)

4) Verónica habló en voz demasiado baja. Fue una lástima porque el “¡Yo también quiero ser libre!” le salió tan debilucho que daba pena. Los de la última fila se quejaron de que no podían oírla. Cuando terminó el acto vino a despedirse y arreglamos para ir al cine a ver “Los fugitivos” (la están dando en el cine de la avenida). Dice que me va a prestar todos sus cassettes (si yo prometía que se los iba a cuidar mucho). Yo, en una de esas, le presto un libro de María Elena Walsh que es para chicos más chicos pero que a mí siempre vuelve a darme risa. (Pero todavía no sé si quiero prestarle algo.)

5) Mi papá me abrazó muy fuerte y me dijo que la obra había estado muy bien. También me contó que a él, cuando era chico, le gustaba escribir historias. Pero que nunca había terminado ninguna. Yo pensé: “Es la primera vez que mi papá me cuenta un secreto”. Y sentí un calorcito en el pecho. Lo abracé y le di un beso grande.

6) Al mediodía, mi abuela Julia, mi tío Miguel Ángel, mi papá, mi mamá y yo comimos un asado en la terraza. No hacía nada de frío, y los geranios de las macetas tenían un montón de flores.

7) A la tarde vino mi tía Raquel, con una nueva pastaflora. Esta vez, en una fuente sin florcitas pero con cerezas, una fuente bastante linda. Lástima que al entrar se tropezó con Baldomero y la fuente se le fue al suelo. Digo

que es una lástima porque a mi tío Miguel Ángel le gusta tanto pero tanto la pastaflora que es capaz de comerse hasta la que hace mi tía Raquel.

8) Entre las cuatro y media y las cinco y cuarto, mi tía Raquel y mi abuela Julia se la pasaron discutiendo acerca de si los gatos son o no son traicioneros. Mi papá y mi tío Miguel Ángel discutieron de política (como faltan pocos días para las elecciones). A mí, las discusiones siguen dándome un poco de susto, por lo visto, porque cuando mi papá levantaba la voz a mí el corazón empezaba a latirme con fuerza.

9) ... “Bueno”, dirán ustedes, “todo eso está muy bien pero ¿y el monstruo?”

Bien, gracias. Está acá nomás. Acá mismito, sentado (o tirado o agachado o arrodillado, nunca se puede saber con los bichos tan redondos) encima de la mesa, calentándose bajo la luz de la lámpara mientras yo escribo esta historia.

Ni siquiera lo vi cuando ¿saltó? ¿voló? ¿flotó? desde el bolsillo. Es que es difícil de ver a simple vista. Está muy cambiado. Mucho más chiquito. Casi no pesa. Parece casi una pelusa, con pelos verdes, pelos violeta y, de tanto en tanto, pelos azules, una pelusa de esas que siempre quedan metidas en un rincón del bolsillo.

Fue una suerte que me animara a hablarle de mi monstruo a mi abuela Julia, a la tarde, en la terraza con geranios, después del asado y antes de que llegara mi tía Raquel con la pastaflora en su fuente de cerezas.



—¿Querés que te desenrede el pelo, Inesita? —me preguntó mi abuela.

Y yo fui corriendo a buscar mi peine favorito y un banquito, porque me encanta que me peinen manso y sin tirarme (como hace mi abuela siempre).

Mientras el peine iba encontrando y deshaciendo los nudos y el sol me iba entibiando la espalda, con la cabeza apoyada en las rodillas gordas de mi abuela Julia, empecé a hablar, como sin darme cuenta.

—Abue, ¿sabés una cosa, abue? A veces me pasa que... Abue: tengo un monstruo en el bolsillo.

Y ustedes no me lo van a creer pero mi abuela Julia se sonrió, fue pasando la mano por su saquito de lana gris hasta acariciarse el bolsillo (que

estaba un poquito inflado, como si tuviese un pañuelito arrugado en el fondo) y dijo:

—Bueno, Inesita, eso no es nada. El que más el que menos tiene un monstruo en el bolsillo.

Yo le miré el bolsillo con los ojos muy abiertos.

—¡Pero también tengo el pañuelo, eh! —me dijo ella.

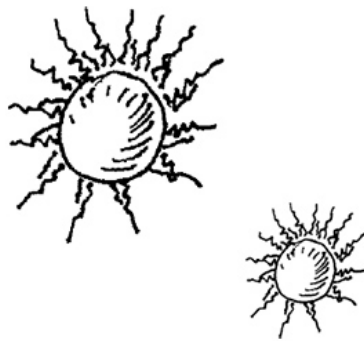
Y las dos nos pusimos a reír a carcajadas.

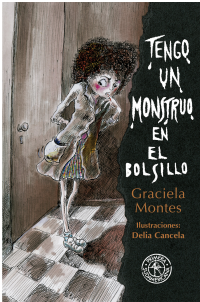
Y después, en voz muy baja, despacito, mientras el peine bajaba y volvía a bajar, hablamos de los monstruos (porque dice mi abuela que ése es el mejor método para achicarlos). Hablamos un rato largo y después no hablamos más porque tampoco es cuestión de pasarse un día de tanto sol hablando sólo de monstruos.

El lunes siguiente, cuando me puse el delantal, mi monstruo se había achicado mucho, era casi una pelusa.

Por eso este libro termina como empieza, pero distinto: TENGO UN MONSTRUO EN EL BOLSILLO, PERO ES CHIQUITO Y NO ASUSTA.







“Ahí fue cuando metí las manos en el bolsillo del delantal y sentí algo peludo, tibio y que, además, mordía.” Y se desencadena la historia. Tener un monstruo palpitante y mordiente alojado en un lugar tan íntimo como un bolsillo tal vez pueda asustar a algunos. Pero no a Inés. Inés le da la bienvenida. Porque Inés, tan flaquita y silenciosa, tan

titubeante, tan pequeña, tiene un deseo muy grande –un deseo tan grande que apenas si le cabe en el cuerpo– de que le sucedan cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias. Un monstruo personal, secreto, privado, es justo lo que andaba necesitando. Sin embargo, convivir con un monstruo nunca es fácil... y el de Inés parece decidido a no abandonarla.

GRACIELA MONTES

Escritora, traductora y editora, nacida en 1947, es autora de, entre otros, *Historia de un amor exagerado*, *Otroso*, *Y el árbol siguió creciendo*, *Irulana y el Ogronte*, *Aventuras y desventuras de Casiperro del Hambre*, *Uña de dragón*, y la novela para adultos *El umbral*. En esta editorial ha publicado *Más chiquito que una arveja, más grande que una ballena*, *A la sombra de la inmensa cuchara*, *La guerra de los panes* y la serie Federico crece. Fue elegida, en dos oportunidades, para representar a la Argentina como candidata al Premio Hans Christian Andersen.

DELIA CANCELA

Nace en Buenos Aires, cursa en la Escuela Nacional de Bellas Artes y en 1967 recibe una beca de artista del gobierno francés. A partir de 1969 vive en París, Nueva York, Londres y Buenos Aires. Artista plástica, diseñadora de modas, creadora de vestuarios, su trabajo ha sido publicado en diversos libros y ha participado de numerosas exposiciones. Su experiencia en la ilustración para niños comienza con el nacimiento de su hija y con su exposición de dibujos sobre *Alicia*, de Lewis Carroll, en The Ginza Art Space (Tokio, 1993). Es memorable su ilustración de *Cenicienta*, de Perrault, para las ediciones francesas Albin Michel.

Montes, Graciela

Tengo un monstruo en el bolsillo / Graciela Montes ;
ilustrado por Delia Cancela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Sudamericana, 2021.

(Primera Sudamericana)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-07-6576-3

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Cancela,
Delia, ilustr. II. Título.

CDD A863.928.2



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Dirección editorial: Canela (Gigliola Zecchin de Duhalde)

Ilustraciones: Delia Cancela

Diseño gráfico: María L. de Chimondeguy

Compaginación y armado: Lucrecia Rampoldi

© 1988, Graciela Montes

Edición en formato digital: agosto de 2021

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6576-3

Conversión a formato digital: Libresque

Instagram: [penguinkidsar](#)

Facebook: [penguinaulaar](#)

Instagram: [penguinaulaar](#)

[OceanofPDF.com](#)

Índice

Tengo un monstruo en el bolsillo

En este capítulo cuento cosas de mí para que me vayan conociendo

En este capítulo mi monstruo y yo entramos en contacto por primera vez y yo quedo muy impresionada

Capítulo en el que se demuestra que una cosa es tener un monstruo en el bolsillo y otra muy distinta poder contarlo

En este capítulo mi monstruo entra en acción y yo me ligo un buen reto

Este capítulo está dedicado principalmente a mi tía Raquel y al dulce de membrillo

Éste es un capítulo peligroso. Conviene leerlo con cuidado

Este capítulo es muy corto porque quiero y no puedo ordenar mis pensamientos

En este capítulo, primero tengo ganas de llorar y después lloro

Este capítulo empieza muy mal pero después mejora un poco

Éste sí que es un capítulo importante porque suceden cosas verdaderamente maravillosas, terribles y extraordinarias

Esta historia termina como empezó, pero distinta

Sobre este libro

Sobre las autoras

Créditos